

PASCAL FAULIOT

**CUENTOS
DE LOS SABIOS
SAMURÁIS**

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2022

Dedicado a
JACQUES NORMAND,
mi maestro de budo, shihan de kyudo y de naginata-jutsu,
pionero de las artes marciales tradicionales en Europa.

En portada: Anónimo, *Retrato de guerrero*, subperíodo Sengoku (1467-1568).
En guardas: Sesshu Toyo (1420-1506), *Marina*.

Tradujo Mercedes Huarte Luxán
sobre el original francés *Contes des sages samourais*

© Éditions du Seuil, Paris 2011
© Ediciones Sígueme S.A.U., 2022
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tel.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2128-1
Depósito legal: S. 180-2022
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

Hacer cantar al cuco	9
Duelo sobre el puente Gojô	11
El samurái y el gato zen	17
Los tres bonsáis	21
La cortesana y el verdugo	27
Las flechas de los Môri	31
El arte de vencer sin combatir	33
El Tigre del Kai y el Dragón de Echigo	37
La rama de cerezo	45
En la escuela del bandido caballero	47
La segunda flecha	53
La estrategia de los dioses	55
El daimio y su guardaespaldas	61
La venganza de la mujer samurái	65
La diana invisible	73
El octavo pensamiento de Hideyoshi	77
La prueba del caballo	85
El desafío de las flores para el té	87
La aparición del Buda	89
El retorno del ronin	91
El sogún y los ninjas	95
El concurso de tiro con arco	99
El sogún y el asesino	103
El canto del ruiseñor	107

El bambú del maestro Banzo	109
El juez Ôoka y la estatua del Jizô	119
La sombra de Asari	121
El samurái y el joven emperador	127

APÉNDICES

Glosario	131
Las armas del sabio samurái	137
Principales periodos de la historia de Japón	139
Mapa del Japón medieval	141
Cuatro retratos	142

EL SAMURÁI Y EL GATO ZEN

A pesar de ser experto en artes marciales, aquel samurái no conseguía desembarazarse de una gran rata que había elegido su morada como domicilio y causaba en ella un sinnúmero de estragos. El roedor era sumamente ágil y en extremo astuto; no solo esquivaba los sablazos, sino que desbarataba cada una de las trampas.

Al dueño no le quedó más remedio que acudir al mercado para comprar un gato. De vuelta a casa, lo acompañaba un joven macho lleno de vitalidad que le había vendido un comerciante especializado. Pero tras una semana de maullidos, saltos y carreras frenéticas, el prometedor minino seguía con las manos vacías.

Descontento, el samurái no esperó más y fue a devolver el gato al comerciante. Este le ponderó de inmediato las virtudes de su última adquisición: un tigre en la plenitud de sus fuerzas. Según el vendedor, no había nacido jamás un cazador de ratas tan cualificado.

Efectivamente, el recién llegado enseguida dio muestras de mayor oficio y perspicacia. Permanecía largas horas al acecho detrás de un mueble, se movía sin apenas rozar las paredes y se desplazaba por entre las sombras sin llamar la atención. Sin embargo, al cabo de una semana la rata seguía correteando a su antojo por toda la casa. Enfurecido, el portador de sables devolvió el felino al vendedor y le reclamó su dinero.

El samurái acudió a un monje zen del templo vecino al que visitaba con regularidad y le habló con desazón de su problema.

—No te preocupes —respondió el monje—, llévate una temporada nuestro viejo gato. Gracias a él, aquí no tenemos ningún roedor.

Y lo condujo al *dojo*, donde, sobre un *zafu*, o sea, un cojín de meditación, dormía un minino rechoncho entrado en años, con el cráneo medio pelado a modo de tonsura.

El guerrero se llevó el gato a su casa y lo depositó, dormido, sobre un tatami, sin que el animal pareciera darse cuenta de que había cambiado de domicilio.

La actitud del gato monástico era de lo más lamentable: pasaba el tiempo durmiendo sobre el tatami, siempre en el mismo sitio, cerca del fuego, y solo se levantaba para comer su pitanza y hacer sus necesidades. ¡Se hubiera dicho que había adquirido las malas costumbres de algunos monjes que, tras llenarse la panza, practican la meditación estilo *zazen* durante horas dando cabezadas!

Apenas transcurrida una semana, el samurái regresó al templo para devolver aquel felino remolón al que, por si fuera poco, debía alimentar.

—¡No seas tan impaciente! —exclamó el bonzo—. Quédate más tiempo, confía en mí. Estoy seguro de que acabará por darte entera satisfacción.

El gentilhomme, escéptico, volvió a su casa con el viejo minino. Se sucedieron los días sin que la actitud del animal cambiara y, como dice el proverbio, cuando el gato duerme bailan los ratones. En este caso, la rata estaba cada vez más a sus anchas. Incluso se atrevía a ir a probar los guisos que estaban puestos a cocer a fuego lento, aterrorizando a la sirvienta. Por su parte, el viejo minino, siempre inmóvil, no mostraba ninguna reacción, hasta el punto de que el roedor pronto no se preocupó por él más que si estuviera disecado.

Un día, cuando la rata trotaba despreocupada al alcance de la pata felina, el gato zen la atrapó de un repentino salto y en un santiamén la degolló.

El samurái, que había asistido de lejos a la escena, no daba crédito a sus ojos. Entonces recordó uno de los principios de la estrategia china: «Adormecer la vigilancia del adversario».

Al día siguiente, devolvió el viejo minino y entregó un donativo al templo. De regreso a su casa, meditó aquella lección y, según cuentan, realizó notables progresos en el arte del sable.